Un mes después se casaron el maestro y Mariana, siendo los duques padrinos de la boda; la novia, dotada por aquéllos con seis mil duros, estaba maravillosamente bella é interesante con su sencillo vestido de muselina blanca y su cinturón azul.

—Amigos míos—les dijo el duque—no propongo á ustedes que vengan á vivir con nosotros, aunque ese sería mi mayor deseo y el de mi esposa; sé que ni consentirán en abandonar á sus padres ni su santa misión de *enseñar al que no sabe;* pero lo que sí les pido es que no dejen jamás de dirigir el corazón y la educación moral y cristiana de mis hijos. Alfredo no volverá ya al mar, porque su madre se opone, y conozco tiene razón, siendo nuestro solo hijo y único heredero. ¡Ojalá que aprenda de ustedes la suavidad de carácter que tanto necesita y la conformidad religiosa en las contrariedades de la vida!

Mariana guardó en una rica caja el retrato de la duquesa, cubierto aún con su crespón, enterró la rama de azucenas marchitas y ató á los piés de la Virgen la que era símbolo de su amor con un lazo color de rosa, como su porvenir.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

NO HAY DEUDA QUE NO SE PAGUE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

I

Don Juan del Troncoso, rico caballero americano, vivía en Marsella, hace ya algunos años, acompañado de una hermana de más edad que él y de dos hijas cuyos caracteres y figuras eran muy distintas.

Agustina, la mayor, tenía dieciocho años; era alta, gruesa, morena y basta; sus ojos pequeños y negros, su cabello negro también y en extremo lustroso, su frente pequeña y estúpida, y su boca grande, hacían de ella un tipo poco agradable y muy común.

Mas á pesar de esto llamaba muchísimo la atención el contraste que ofrecía la vivacidad de sus ojos con el resto ordinario y casi grosero de su persona.

Agustina era lo que el vulgo llama *una buena moza*, y algunos la encontraban muy agradable; pero estas personas indudablemente valían muy poco así moral como intelectualmente, cuando les decía algo aquella figura á un tiempo prosaica, material, grosera y maliciosa.

Su hermana contaba dieciséis años, se llamaba Eva y era rubia, hermosa y torneada como nuestra primera madre.

Sus ojos, entre azules y pardos, eran rasgados y tenían una dulzura encantadora y singular; dos ricas y espesas trenzas rubias bajaban desde sus sienes á unirse detrás de su cabeza con una gracia sencilla y natural; sus cejas, estrechas y sedosas, formaban sobre su despejada frente dos arcos tendidos y llenos de nobleza; su boca pequeña, su linda nariz, su alabastrina blancura, daban á su semblante una suavidad encantadora.

Todo en ella era dulce, elegante y poético; sus manos de marfil pequeñas y delgadas, sus piés de niña, su talle delicado y esbelto como un junco, su estatura que no pasaba de los límites regulares, lo templado de sus movimientos, lo distinguido de sus maneras, y aun las jóvenes más descontentadizas y envidiosas de la buena sociedad de Marsella,

se veían obligadas á convenir en el mérito exquisito de aquella linda y simpática criatura.

Contaba Eva dos años menos que su hermana, y era, en verdad, muy desgraciada; aquella dura é imperiosa Agustina ejercía sobre ella, de una manera tiránica, el abominable derecho del fuerte sobre el débil, derecho odioso, pero que sin embargo tiene gran predominio en la sociedad.

De las dos hermanas, la mayor gastaba ricos trajes, blondas y hasta diamantes, cosa muy impropia en una joven de su edad, mientras Eva apenas tenía para salir más que un sencillo y casi humilde vestido de seda.

Aquélla salía á paseo todos los días, y ésta quedaba en casa constantemente bordando y cosiendo la ropa blanca de su hermana.

Agustina tenía mucho dinero, que su padre le daba y que ella le pedía con diferentes pretextos, mientras Eva jamás veía un cuarto, pues ni lo pedía ni se lo daban tampoco.

Al rayar el día se levantaba la hermana menor para cuidar por sí misma del gobierno de la casa, preparar el tocador de su hermana y tener prontos para ella esos mil nadas que tanto necesita una mujer elegante y ociosa.

Eva perfumaba el baño de su hermana, la preparaba la ropa blanca que había de llevar todo el día y los dos ó tres trajes que había de cambiar durante él; luégo, aunque la peinaba la camarera, Eva tenía que presidir el tocador de Agustina y aun ayudar á él en todo aquello que la camarera no alcanzaba ó no comprendía.

Eva cuidaba el guardarropa y el guardajoyas de su hermana; plegábase con una paciencia suma á todos sus caprichos, á todas sus exigencias, y llegaba á tanto su bondad, que hasta se había hecho la secretaria de su hermana, por lo cual escribía las cartas de todas sus amigas.

Tanta bondad, tan completa abnegación, no habían conseguido, sin embargo, cautivar el corazón de Agustina. Acostumbrada á la paciencia y á la docilidad de su hermana, se llegó á convencer de que era en aquélla un deber el servirla y complacerla en todo, y lejos de tener para ella alguna consideración ó al menos alguna gratitud, la trataba con el mayor y más insultante despego.

Dos personas podían haber puesto remedio á tan extraña y culpable desigualdad: estas eran don Juan y su hermana la señora de Maceda, viuda de un portugués, y que vivía con su hermano; pero ni

uno ni otra tenían bastante fuerza de carácter y de voluntad para reducir y doblegar á la razón al fuertísimo de Agustina.

Doña Ana de Maceda era una excelente señora, muy condescendiente, muy devota y que temía mucho á su sobrina, que por la causa más leve promovía en la casa un terrible alboroto.

Cualquiera, al verla mimar, contemplar y espiar en su semblante el buen ó mal humor de su sobrina, hubiera creído que dependía de ella, cuando en realidad doña Ana disfrutaba una crecida renta que la producían sus bienes.

En cuanto al padre de las jóvenes era aún más débil que su hermana, y tenía á su hija mayor un temor verdadero y profundo; jamás Agustina había solicitado permiso de su familia para nada; su voluntad regía; tenía sus amistades particulares, iba adonde le acomodaba y recibía á todas las personas cuyo trato presumía que podría agradarle.

En cuanto á sus trajes, usaba también todas las formas de que ella gustaba, ora fuesen arregladas á la moda, ora de su exclusivo capricho; pero todos ellos eran tan vistosos, tan llamativos, que se la criticaba no sólo su fausto, impropio en una

joven, sino también la poca modestia y la excesiva ostentación de que hacía alarde.

Agustina gastaba plumas, diamantes, terciopelo y encajes; su padre la había señalado desde niña, como á su hermana, una pensión regular para su tocador; pero poco á poco después Agustina había ido exigiendo más, llegando en muchas ocasiones á apoderarse hasta de la llave de la gaveta de su padre, el buen D. Juan, que por temor á que su hija promoviese un alboroto hacía como que nada veía.

Vengamos, lector mío, á la habitación de Agustina, en un bello día del mes de Febrero, en el que el radiante sol y el azulado cielo de Marsella ostentaban todo su esplendor.

II

Era una sala cuadrada y bastante espaciosa, con un gabinete á cada lado y ventanas muy bajas, cerradas con celosías, que daban al muelle; las ondas azules del Mediterráneo se mecían como un gran manto transparente reflejando los rayos del sol, pues eran sólo las once de la mañana.

Las paredes estaban cubiertas de un tapiz de seda, lo mismo que el techo, de color celeste con ramos de rosas de su color natural, con follaje verde; esta combinación le daba un aspecto de ostentación y de mal gusto muy extraño en la habitación de una joven.

La sillería era dorada, con asientos y respaldos como los tapices; las mesas, doradas también, sostenían espejos de marcos tallados, recargados de flores, frutos de vid y grandes ramos de follaje que caían por ambos lados de las lunas, de gran tamaño.

Sobre las mesas había infinidad de objetos de plata, oro y china, y sobre bandejillas americanas, de concha y oro, se veían multitud de tarjetas de las visitas particulares de Agustina, la mayor parte de jóvenes caballeros de la ciudad, entre los cuales había algunos con reputación de grandes calaveras.

Amplias cortinas caían delante de las ventanas y de las puertas de los dos gabinetes, de los cuales uno de ellos servía á la joven de tocador y el otro de dormitorio.

En el fondo del último se veía un lecho de maderas antiguas, pues Agustina había oído decir, no

recordaba dónde ni á quién, que aquello era más artístico y elegante que el acero; pero en vez de comprar un lecho pequeño, según es costumbre usen todas las jóvenes, y deseosa de mostrar en todo riqueza y esplendidez, había comprado un gran lecho, pero de tan colosales proporciones, que hubiera podido servir para toda una familia.

Esto era tan extraño y de tan mal tono, que no podía dejar de chocar á primera vista.

Aquel lecho colosal estaba rodeado en el invierno con pesadas cortinas de seda, que se sustituían en el verano con otras de batista de un bordado recargado y prolijo.

En la mañana de que voy hablando estaba vestido con las de invierno; á los piés del lecho ardía, en una pequeña chimenea, un mediano fuego, cosa también más ostentosa que de comodidad, pues en aquel templado clima el fuego es necesario pocas veces.

Algunos cuadros de gran valor y mérito artístico adornaban las paredes del dormitorio, cubiertas de tela de seda color de rosa; pero ninguno de estos cuadros representaba una imagen sagrada; todos eran de asuntos profanos, y algunos de ellos bastante libres.

El cielo del lecho era un grande espejo, donde Agustina se miraba complacida, al despertarse cada mañana, durante largo rato.

Los pocos huecos que dejaban en el dormitorio el lecho y la chimenea los ocupaban un diván de seda pequeño, con borlas y flecos, y forrado de raso color de rosa, como la tapicería, y algunos sillones repartidos por la estancia entre macetas de hermosas flores inodoras, que en aquel bello clima no perecen jamás.

El reló, colocado sobre una de las consolas doradas del saloncito, dió las once, cuando Agustina abrió perezosamente los ojos, despertada muy á pesar suyo por aquel argentado sonido; dejó escapar un bostezo y en seguida llevó la mano á un grueso cordón de seda y oro que pendía junto á la cabecera de su lecho.

Aun ardía la lámpara de alabastro que cada noche quedaba encendida en el dormitorio; una doncella acudió al instante al oir la campanilla de Agustina.

—Abre—dijo ésta lacónicamente.

La joven, acostumbrada ya á los hábitos de su señora, abrió las maderas, descorrió un poco las persianas, apartó las cortinas y un rayo de sol fué

á reflejar sobre los negros cabellos de Agustina, sujetos por una gorra de dormir de batista guarnecida de encaje de Valenciennes.

La doncella apagó la lámpara subiéndose sobre una silla, y ella misma quedó también iluminada con la viva luz que inundó el aposento.

Era una joven que podía tener veinte años, y que respondía al nombre de Leticia.

Su fisonomía era notable por la mezcla de sagacidad y de malicia que se advertía en ella; sus ojos, oscuros, eran duros, relucientes y hundidos; su mirada sorprendía al principio y después incomodaba.

Tenía la tez pálida y algo morena, la frente pequeña, la nariz remangada, la boca grande; era de estatura mediana y bastante delgada, y, sin poderse llamar fea, desagradaba por la expresión suspicaz y solapada de toda su persona.

Su traje era lleno de coquetismo y pretensiones: sobre un traje de seda de color de hoja seca, volvía un ancho cuello bordado; las mangas eran iguales, y un bonito delantal de raso negro y una linda gorrita guarnecida de puntillas completaban su atavío.

Leticia había nacido en París.

Al volver Troncoso de América con una fortuna muy pingüe, había pasado algunos meses con sus hijas y su hermana en la capital de Francia y, en la necesidad de buscar allí una camarera, había hecho que Leticia entrase en el seno de aquella familia, donde tenía ella tantas ventajas cuantos eran los perjuicios que ocasionaba.

Por más que se la hubiese buscado para el servicio de toda la familia, puede decirse que Leticia estaba únicamente dedicada al de Agustina: doña Ana y Eva se servían solas, y además servían respectivamente á su sobrina y hermana.

Leticia, así que apagó la luz artificial y dió paso á la del día, iba á salir, cuando su joven señora la llamó.

—¿Han traído el traje verde con encajes?—la preguntó en francés.

—Sí, señorita—repuso la camarera.

—¿Lo ha visto papá?

—Yo creo que sí, porque á propósito lo llevé yo al salón.

—¿Qué ha dicho?

—Nada.

—¿Y mi tía?

—La señora sí que lo ha visto y lo ha tocado, dándole mil vueltas.

—¿Y qué ha dicho?

—No ha dicho nada; ya sabe usted que su señora tía es muy sobria de palabras; en cambio ha hecho...

—¿Qué ha hecho?

—Su pantomima acostumbrada: alzar los ojos al cielo y suspirar profundamente, como diciendo: «¡Dios mío, en qué parará este desorden!»

—No hay que hacerla caso; mi tía es tonta y devota, es decir doblemente tonta.

—¿Y mi hermana, vió el vestido?

—Sí, señora; vino detrás de mí cuando le llevaba, le tocó, le volvió, le examinó por todos lados, y luégo dijo:

—¡Qué bella estará Agustina con este hermoso vestido!

—¡Vamos, lo de siempre; adulándome para que la regale algo; sabía que tú me lo habías de contar y por eso lo ha dicho!

—Lo mismo creo yo, señorita; pero realmente el vestido es magnífico.

—¡Yo lo creo! Como que me cuesta quince mil reales, atendida la riqueza de los dos volantes de Chantilly que le han puesto.

—Uno parecido tenía la señora duquesa de Río

de Oro, á quien tuve la honra servir antes que á usted.

—¿Parecido?

—Sí, señora; era muy inferior al de usted en cuanto á la riqueza de los volantes.

Leticia, conociendo el afán de Agustina por compararse con las más elegantes damas de la nobleza, mentía descaradamente para adularla y complacerla, y la comparaba siempre, que tenía ocasión á una gran señoñora á quien en efecto había servido en París.

La duquesa de Río de Oro gastaba más en un mes que Agustina, á pesar de su afán, en un año; pero la astuta camarera conocía muy bien la maniática vanidad de su señora, y la halagaba en provecho propio.

Dejó por un rato saborear á su ama, la descarada mentira que acababa de emplear, y luégo la preguntó:

—¿Va la señorita á vestirse?

—Sí—respondió Agustina—pero dentro de un rato; cuando vaya á levantarme llamaré á mi hermana.

—Ahí fuera está bordando.

—Bueno; estará concluyendo mis batas de no-

che; ayer la regañé por lo mucho que la están costando de hacer.

Agustina, al acabar de pronunciar estas palabras, se volvió del otro lado, dando á entender á Leticia que su presencia estaba demás allí, y ésta salió, cerrando tras sí la puerta.

Junto al lecho de Agustina había una mesita de noche con tablero de piedra mármol, que sostenía algunos volúmenes franceses. Agustina, sin pensar en dar gracias á Dios porque le había concedido una noche tranquila, tomó uno y se puso á leer con la mano apoyada en la mejilla.

Pero bien pronto se cansó de este trabajo, tan agradable para otra, ó, mejor dicho, de aquel dulce entretenimiento; su imaginación, apagada y fría, no necesitaba más pasto que el de la vanidad.

Casi todas las personas que gustan de la lectura tienen el alma sensible, se identifican con los personajes de los libros, sienten con ellos, son felices con ellos y con ellos padecen: yo he visto á algunas jóvenes embebidas en la lectura de un libro reir y llorar en muy corto espacio de tiempo, y palidecer con los que sufrían y ruborizarse con las jóvenes de sus libros; quien así siente, debe tener el alma muy bella y muy generosa.

Pero la de Agustina era prosaica y dura, y no le interesaban nada los personajes de sus libros.

Después que dejó el que había tomado, quizá con el sólo fin de despedir tácitamente á Leticia, cruzó sus dos brazos redondos y morenos detrás de su cabeza y se estuvo contemplando durante largo rato en el espejo del lecho.

Agustina se halló hermosa y tenía razón; las espesas masas de sus cabellos negros, sus ojos animados, sus mejillas sonrosadas, adquirían mucho encanto con aquella luz viva que destellaba por entre los cristales del balcón; alguna idea muy halagüeña pasó por su mente, porque se sonrió, dejando ver una blanca, esmaltada y pequeña dentadura.

Cansada, en fin, de una inmovilidad que tampoco se avenía bien con su natural activo, volvió á agitar la campanilla.

Esta vez fué Eva la que se presentó, avisada sin duda por Leticia de que su hermana, según su diaria costumbre, iba á llamarla.

Aquella joven formaba con su hermana el contraste más perfecto.

Era de mucho menos estatura que ella, delgada y esbelta; ya he descrito su fisonomía, suave, be-

lla, angelical, y creo por lo mismo inútil describirla de nuevo.

Llevaba ya un largo vestido de merino azul, elegantemente cortado y ajustado á su talle de ninfa; su cuello y sus mangas eran lisos, aunque de una blancura deslumbradora; su peinado el que convenía á las once de la mañana.

Porque Eva era tan distinguída en sus gustos como vulgar su hermana: gastaba, en verdad, muy poco en su atavío, pues todo lo absorbía el de aquélla; pero era tal el perfume de buen gusto que emanaba de ella, y el acierto y elegancia con que se vestía, que parecía mil veces más elegante que Agustina.

Esto mismo es una cosa muy común y hasta muy natural que suceda en todas las familias en las que hay preferencias entre las hijas de ella; la más desatendida se ve obligada á sacar de su ingenio lo que le falta de medios, y á que el buen gusto supla á la riqueza de los trajes y adornos, viniendo casi siempre á estar mucho mejor vestida que aquella á quien se prefiere con tan notoria injusticia.

Al ver á su hermana, Agustina se sentó en el lecho y díjola esta sola palabra:

—Vamos.

Eva tomó un peinador blanco que se hallaba sobre el brazo de un sillón cercano y le echó sobre los hombros de su hermana.

—Mujer, ¿por qué no me lo pones?—exclamó Agustina de mal humor.—Parece que hoy estás durmiendo.

—Me levanté, pues, á las seis—respondió Eva suavemente—para ver si podía acabar la última de tus cuatro batas de cama antes de que te levantaras y sorprenderte con ella.

—Con un poco más de prisa que te hubieras dado en la labor lo hubieras conseguido.

—Me he apresurado más de lo que tú te figuras; pero la verdad es que tienen una obra inmensa.

—¡Bah, bah! Cuando las compares con las que me enseñó ayer la marquesa del Puerto te van á parecer nada.

—Pero esas las habrá comprado así ya.

—Sí, en París; son soberbias; de batista fina, con una guirnalda en derredor, de una cuarta de ancha, y soberbios encajes.

—¿Por qué no las haces traer así tú?

—Hija, son carísimas—repuso Agustina aho-

gando mal un suspiro de despecho.—Cuestan cada una tres mil reales.

—Es verdad que eso es una cosa muy costosa.

—Sin embargo, al menos un par de ellas quiero tener.

—Para eso espera que un día esté papá de buen humor y se las pides.

—Mira, se me ocurre una cosa, Eva.

—¿Qué cosa?

—Que papá te quiere más á ti que á mí.

—¡Qué disparate!

—Sí que lo es; sin embargo, tu carácter sumiso y dulce le gusta más que el mío; así, pues, cuando le veas tú de buen temple, le pides los seis mil reales para mis batas.

—Eso no podrá ser—dijo Eva meciendo con desconfianza su linda cabeza rubia.

—¿Cómo que no?—preguntó Agustina, cuyo carácter se sublevaba á la menor contradicción.

—Te digo que lo siento, pero que no puede ser, y de ello te vas á convencer; ayer le pedí veinticinco duros para hacerme un vestido de seda negro; ya ves que no podía ser más económica.

—En efecto—respondió Agustina con una sonrisa desdeñosa.

—Pues bien, hermana mía, nuestro padre me respondió: «Siento, hija mía, no poderte complacer en este instante; pero los crecidos gastos de tu hermana han agotado todos mis fondos en pocos días; espérate hasta el martes, y quizá en ese día te podré dar lo que necesites.»

Agustina quedó pensativa.

Después de los *crecidos gastos* de que su padre se aquejaba había contraído con su modista una deuda de quince mil reales, precio del vestido que tenía en el salón; debía, pues, renunciar á tener, al menos por entonces, las dos hermosas batas iguales á las que poseía la marquesa del Puerto.

Estas reflexiones la pusieron de pésimo humor; su enojo estalló contra la pobre Eva á la primera ocasión que encontró, ó que ella quiso buscar.

Vestida ya Agustina con su bata de mañana y sus chinelas pasó á su tocador, dentro del cual estaba el cuarto de baño, preparado ya de antemano por la diligente Eva.

Agustina halló el agua muy caliente y muy escasa de perfume; se enfureció porque se la cayó el cabello, mojándose en el agua, y acusó á su hermana de torpeza por no habérselo recogido con más seguridad.

La pobre Eva no respondió una palabra y sufrió todas las injusticias de su hermana con la paciencia de un ángel.

Cuando salió del baño, Leticia la envolvió en otra bata caliente, y, saliendo al tocador, encargó á su camarera la peinase.

—Tú, Eva, ve á concluir la bata—la dijo con aspereza—no vuelvas á mi habitación hasta traérmela; hoy estoy mala, nerviosa; no me hagas, pues, que me ponga de peor humor.

Eva salió enjugándose una lágrima; su dignidad de mujer se sublevaba ante aquella dependencia vergonzosa, ante aquella dura y continuada esclavitud.

Al pasar por un corredor donde se abrían las habitaciones de su padre, de su tía y la suya propia—pues Agustina ocupaba lo principal de la casa—vió que doña Ana la esperaba de pie en la puerta de su cuarto.

—¡Oh, qué grata noticia tengo que darte, hija mía!—exclamó la buena señora.—Yo estoy tan contenta, tanto que, según creo, voy á volverme loca de alegría; pero ¿qué es eso?—continuó al ver los humedecidos ojos de la joven.—¿Por qué has llorado? ¿Qué tienes? ¡Ah, vamos, ya comprendo!

¡Injusticias de tu hermana! ¡Pobre hija mía, cuánto te hace padecer! ¡A bien que ya vamos á salir pronto de ella!

—No entiendo lo que usted me quiere decir, tía—repuso Eva sorprendida.

—Déjame explicarme y lo entenderás; pero ante todo vamos á mi cuarto.

Eva siguió á su tía, que ocupaba una habitación cómoda, pero en extremo modesta.

Era una salita con alcoba y gabinete: tenía un elegante papel azul turquí con menudas estrellitas de oro; la sillería y las cortinas eran azules también; la consola y el marco del espejo de palo santo.

En la alcoba había una cama excelente de acero con colchones de seda y ricas sábanas de batista, un lavabo y un reclinatorio.

El gabinete contenía una cómoda de palo de rosa y un secreter de la misma madera, ricamente embutido de nácar.

Algunos silloncitos cómodos y elegantes, un velador maqueado, con recado de escribir de antigua plata labrada y útiles de costura, acababan de llenar el gabinete de doña Ana, que tenía, como su habitadora, un aspecto de apacible bienestar.

Era una señora alta y delgada, cuyo cabello rubio estaba ya casi emblanquecido por la edad; sus facciones eran finas y regulares, su aire distinguido, sus maneras dulces y elegantes.

Vestía un traje de seda oscuro con mangas y cuello de muselina, y una bonita papalina de encaje blanco con lazos azules que decían muy bien con su tez blanca y el color claro de sus cabellos.

—Vamos, hija mía—dijo á Eva—siéntate y oye lo que voy á decirte.

—¡Ay, tía mía!—murmuró la joven.—Déjeme antes que vaya á por mi labor, pues Agustina quiere que le concluya al instante la bata de dormir; dice que no la incomode porque hoy está nerviosa, y ya sabe usted lo que esto significa en ella.

—¡Ya estamos, pues, bien hoy!—dijo doña Ana.—Pero déjala que rabie; ¡si no la tuvierais tan mal acostumbrada no tendría ella tampoco ese carácter tan insoportable! Vaya, vaya; déjate por un rato de labores y siéntate para oirme.

Eva obedeció á su tía, que, bajando mucho la voz, continuó.

—Esto que voy á decirte, hija mía, no lo repitas á nadie, pues soy yo la única que lo sabe; nuestro hermano mayor, es decir, tu tio Leonardo,

debe llegar dentro de tres días de Puerto Rico con su hijo Felipe.

—Y bien, tía ¿qué misterio hay en esto?—preguntó Eva muy admirada de la reserva que su tía la exigía.

—Oye la carta de tu tío y lo sabrás—respondió la anciana, sacando de su bolsillo una carta que desdobló después de ponerse sus anteojos de oro, que estaban sobre el velador.

Después leyó lo que sigue:

«Mi querida y buena hermana: Te escribo á ti, aunque también lo hago á Juan por el mismo correo, para daros una noticia que me parece os alegrará, pues estoy convencido de lo mucho que me queréis.

»Dentro de unos veinte días tendré el placer de abrazaros; llevaré conmigo á Felipe, que desea mucho veros, pues ya sabes que tenía sólo diez años cuando nos separamos, y conocer á sus primas; está hecho un arrogante mozo y es uno de los mejores tenedores de libros del mundo.

»Y ahora, hermana mía, te diré una cosa, que no digo aún á Juan porque conozco su carácter fácil y poco reservado: llevo la intención de arreglar el casamiento de mi hijo con la mayor de las

niñas de Juan; sus edades se convienen muy bien, pues creo que Agustina tendrá dieciocho años y Felipe acababa de cumplir los veinticinco, y además me mueve para este proyecto otra consideración; mi fortuna ha mejorado mucho más que la de Juan, y de este modo doy á su hija un partido que jamás podría esperar, pues Felipe será dueño, el día que se case, de dos millones de duros. Quiero mejor que mis riquezas queden en mi propia familia y hagan dichosas á mis sobrinas, que no que sean para alguna de estas perezosas americanas, que no saben en dónde tienen su mano derecha y que necesitan todo el día una negra al lado para que las levante el pañuelo si lo dejan caer al suelo y las dé aire con un gran abanico.

»Agustina, la hija de aquella santa mujer cuya muerte aun lloramos todos, debe ser buena y hacendosa; la recuerdo cuando tenía ocho años, y era viva como una centella; es la mujer que debe convenirme para mi hijo.»

La carta hablaba de algunas otras cosas insignificantes; doña Ana no leyó más á su sobrina, pues lo leído bastaba para llenarla de alegría.

—Ya ves—continuó en tanto que volvía á guardar la carta—ya ves, hija mía, qué pronto dejará

de atormentarte tu hermana; ahora es cierto que redoblará sus exigencias de tocador por el afán de agradar á su primo; pero luégo se casarán y se marchará bendita de Dios; gracias al cielo, podemos alegrarnos, porque será dichosa y nosotros más.

—¡Ay, tía!—dijo Eva.—¿No ha leído usted que mi tío la cree buena y hacendosa? ¿Qué pensará cuando vea cuál es su carácter?

—¡Es verdad!—murmuró doña Ana pensativa.—Verán que es insorpotable, y entonces... ¡adiós boda! Tú en todo piensas, hija... pero ¿sabes lo que se me acaba de ocurrir?

—¿Qué, tía?

—Que tú debes convenir más á las miras de mi hermano.

—¡Yo!

—Sí. ¡Eres tan buena, tan dulce, tan aplicada y tan modesta!... Sí, sí, de fijo te preferirá Leonardo; pero—añadió casi al instante la buena señora—no pensemos en eso; tú eres muy joven aún, y marchándote de esta casa nos quedábamos todos como en noche sin luna; lo que conviene es salir cuanto antes de tu hermana.

—¡Ay, tía, yo me marcho corriendo á concluir

el peinador!—exclamó Eva toda asustada.—Queda sólo labor para una hora y media.

—Anda, hija, anda, y Dios te dé paciencia.

Eva salió y se encaminó presurosa á su habitación.

III

Era ésta, como la de su tía, muy sencilla; constaba, como aquélla, de una salita con alcoba y gabinete; toda la sillería, que era de seda y lana, estaba enfundada de blanco; una consola sencilla, con un espejo encima; un reló de bronce, de buen gusto artístico, y un buró para escribir y guardar papeles, constituían su mueblaje.

La alcoba estaba ocupada por una bonita cama de acero y bronce, con colgaduras de muselina; por una mesita altar, con un almohadón delante para arrodillarse, y por un bonito y cómodo ropero para vestidos.

El gabinete servía al mismo tiempo de tocador y gabinete de costura; era bastante grande y ocupaban simétricamente sus ángulos una elegante mesa de tocador con colgaduras y columnas, un

bonito lavabo y dos cómodas de caoba pequeñas; delante del balcón había un costurero y dos cestillos de mimbres finos, llenos de labores, á los lados de una silla baja de tapicería.

Sobre el respaldo de otra silla mayor estaba la bata que debía Eva terminar, y que estaba ricamente bordada por sus hábiles manecitas.

Aquella prenda era tan suntuosa para una joven, que una madre prudente no la hubiera permitido usarla; pero Agustina no tenía madre, y ya sabemos que hacía en todo y por todo su gusto.

Aquella habitación, en fin, era un nido de doncella, sencillo, casto, virginal y fresco, como correspondía al carácter y á la edad de su habitadora.

Eva se puso al instante á trabajar para concluir el peinador y complacer así á su hermana; en su alma, llena de pureza, no habían dejado huella alguna las palabras de su tía:—«Leonardo te dará, sin duda, la preferencia sobre tu hermana.»—Pensaba sólo en el placer que iba á experimentar viendo unos parientes á quienes amaba sin conocerlos, pues sólo tenía ella seis años cuando habían pasado de la Habana á Puerto Rico; pensaba también en la excelente boda que se le preparaba á su herma-